

y espanto en los inyectados y bien abiertos ojos.

Por fortuna probaron bien los remojones al maestro, y como le ponían vigoroso y contento á ojos vistas, y según su misma confesión, siguió aplicándoselos con bastante regularidad. ¡Tan cierto es así, que hasta las naturalezas más indómitas suelen dejarse gobernar por la necesidad ó por la astucia! Mas nunca sucedió, con eso y todo, que don Teodomiro dejase de sentir un miedo cervical al elemento líquido, ni de oponer fuerte resistencia á internarse por él, aun en las partes menos hondas; si bien se dejaba vencer habitualmente por los ruegos de su discípulo, y se resolvía á dar un corto paseo mar adentro, bien aferrado á las manos de Joaquín. Y siempre, antes de salir del agua, trémulo, sofocado y con las carnes amaratas, se detenía unos momentos á reflexionar sobre temas musicales, vuelto el rostro á la inmensidad azul y movediza, y haciendo estas ó parecidas observaciones:

—¿Oyes, Joaquín? El golpear de las olas forma el bajo continuo, y las voces del viento una opulenta sinfonía... ¿Qué diría Luis Viadana si escuchase esta profunda é incesante base de orquesta?... Me preocupa averiguar las notas exactas por medio de las cuales podrían traducirse estos acordes. ¿Son do, mi, sol, do; ó

sol, do, mi, sol? No puedo precisarlo; pero estoy seguro de que el mar canta siempre en tono mayor, y el viento siempre en tono menor. El primero grita, amenaza, ruge; el segundo suplica, se lamenta y gime.... Oyelo; no dirás que me equivoco.

 XI

Algunas metamorfosis.

Al volver Joaquín de Tepic, obra de dos meses después de su salida de Fópoli, tuvo ocasión de comprobar la verdad del adagio que dice: "quien de su casa se aleja, no la halla como la deja," pues encontró tan cambiado el Hospicio, como si fuese lugar distinto del antiguo. En realidad, hubiera podido afirmarse que todo había continuado inalterable, salvo algunos detalles; pero como eran estos precisamente los que giraban dentro del radio de vida del joven, todo lo veía al través de aquellas mutaciones, y de su impresión particular, sacaba deducciones generales.

Vagó las primeras horas después de su regreso, por patios, corredores y pasadizos, buscando algo que no podía encontrar; y como á nadie quería ú osaba interrogar, no le fué dable orientarse desde luego. Ese algo, como bien se comprende,

no era algo, sino alguien, y ese alguien, ¿Quién podría ser, si no Berta? Mas la joven no asomaba por ninguna parte—colegio, jardín, ni clase de música,— tanto que Sandoval llegó á temer se hubiese casado ya, ó estuviese ausente ó indispuesta; pero habiendo visitado la enfermería só pretexto de saludar á los empleados, no la halló ahí, y supo, además, que continuaba célibe y siendo moradora de aquella casa, lo mismo que siempre. Luchaba, entretanto, con impulsos contradictorios. Sus desengaños y recelos le aconsejaban no volver á pensar en ella, é irse tan lejos de Fópoli, que nunca tornase á encontrarla; mas, á la vez, era tan poderoso el afán que á ella le empujaba, que no podía resistirlo. ¡Hacia tan largo tiempo no escuchaba la música de su acento! ¡Hacia tantos meses que vagaba lejos de su encanto! Ansiaba verla de nuevo, aun cuando fuese ingrata y amase á otro, pues sólo posar los ojos en su semblante era una bendición para su vida. Tiempo llegaría en que prescindiese de aquella delicia, y sería cuando su amada cayese en los brazos del alemán; mas por ahora, mientras el amarla é invocarla á toda hora, no fuese un delito, no había para qué se impusiese aquel martirio. Mas ¿cómo investigar lo que le pasaba, siendo que no tenía ni un confidente ni un amigo que pudiesen ayudarle á despe-

jar la incógnita? Don Teodomiro acababa de llegar, y era inútil para el caso. Para salir de dudas, se resolvió después de todo, á hacer lo mejor, y fué acudir á doña Doro-tea López, cuya amistad con Berta era tan estrecha.

Llegóse, pues, al cuartito de la buena señora, y saludándola con comedimiento, tomó asiento y trabó conversación con ella; y después de una prolongada introducción insípida é inconexa, llevó las cosas lo más diestramente que le fué posible, al punto de preguntar por Berta con indiferencia fingida.

—¡Calle usted! prorrumpió doña Doro-tea consternada; ¡si viera qué triste está la pobrecita! Nunca se le ve por ninguna parte, si no es en este departamento, á donde viene al caer la tarde.

—Pues ¿qué le pasa? preguntó el joven con voz insegura.

—¿No lo sabe usted? Pues lo que le pasa ha hecho bastante ruido en el Hospicio.

—Pero ¿no ve que he andado ausente?

—Es verdad. Pues que ha roto con el alemán, porque, según parece, el muy bribón la engañaba.

Tan violenta fué la emoción de Joaquín al oír aquellas palabras, que no pasó inadvertida ni para la misma señora López.

—¿Qué tiene usted? le preguntó. ¿Por qué se pone tan pálido?... ¿y ahora ro-

jo? ¿Qué le pasa?... ¿Quiere tomar un poco de agua?

—Subo de la costa, contestó el joven con esfuerzo, y á cada rato sufro vahidos y bochornos. Pero no es nada.... Acepto el agua. Mil gracias.

Las impresiones del joven al recibir la magna noticia, habían sido tan profundas como encontradas, comenzando por una gran sorpresa; pero tan profunda, dulce é inmensa era ésta, que le causaba espanto. Renacían de golpe sus ilusiones, miraba la luz surgir de nuevo en el horizonte, y le parecía que las alas de Berta tendidas antes hacia lejanías inmensas, volvían ahora hacia él y revoloteaban cadenciosamente en su torno. El imposible desaparecía, y la desesperación se trocaba en esperanza.... Pero á la vez, el golpe que había lastimado el tierno corazón de su amada, hería también el suyo de rechazo. ¿Qué agravio podría sufrir ella, que no sintiese él al mismo tiempo! Berta había llorado, y no era posible que él, que la amaba tanto, no llorase con ella y por ella. Lo que importaba principalmente era la dicha de Berta, y si para ello era preciso sacrificar la suya, hubiera estado dispuesto á inmolarla una y mil veces.

—¿Se repuso usted ya? preguntó doña Dorotea con solicitud maternal.

—Sí, contestó el joven; pasó el males-

tar y me siento bien. Conque ¿decía usted? continuó con aparente sencillez.

—Que Berta rompió con el alemán....

—¿Completamente?

—Completamente.

—Pero ¿no volverá á reconciliarse con él?

—¡Imposible! tiene bastante dignidad para ello.

Joaquín volvió á sofocarse, y, para disimular su turbación, se echó á toser con insistencia.

—¿Vuelve usted á ponerse mal? Tome otro sorbo de agua.... Tal vez le haga bien mezclada con azúcar para que le suavice los bronquios. Aquí tiene un terroncito.

El joven tomó cuanto se le ofrecía, y se hallaba ocupado en meter el azúcar en el agua y en chuparla después, cuando se presentó Paulina de modo intempestivo, radiante de contento, limpia, elegante y metiendo un ruido tremendo con el fru-fru de su joyante falda.

—Buenos días, Paulina, le dijo doña Dorotea levantándose para recibirla; tiempo hacía no la mirábamos por acá.

—No tanto, apenas una semana, repuso la recién llegada.

Y notando la presencia del joven, preguntóle:

—¡Cómo! ¿usted por acá? ¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana misma, repuso Joaquín. Yo tampoco había visto á usted por toda la casa.

—Con razón, repuso Paulina riendo. ¿Qué no sabe?

—¿Qué cosa?

—Que no vivo ya en el Hospicio. Me casé....

—¿Con Gustavo? preguntó el joven queriendo dárselas de listo.

—No, con otro, repuso la joven.

—¿Con Prudenciano? insistió cándidamente Joaquín.

—No, con otro, volvió á decir Paulina, divertida con el asombro que veía pintado en el rostro de su interlocutor. ¿Adivine con quién?... ¿A que no adivina?...

—Me declaro impotente, repuso Joaquín, rindiendo las armas.

—¡Con el señor don Arcadio Contreras y Espinosa!

—Y ¿quién es ese señor?

—El dueño de la hacienda de "Las Escaleras," que está cerca de Ameca, á la mano derecha, contestó Paulina con énfasis.

—¡Vaya! repuso Joaquín entre asombrado é incrédulo. ¿Se está usted divirtiendo conmigo?

—Soy demasiado seria para ello, repuso la joven con gravedad cómica. Una señora casada, y más con un marido de edad propecta, no tiene derecho para reírse de

nadie, ni por nada. Debe ser más seria que un responso... Es cierto...: pregúntelo á doña Dorotea.

Joaquín volvió el rostro á la señora López para interrogarla con la mirada.

—Cierto, repuso la buena anciana, interpretando aquella muda interrogación; Paulina dice la verdad.

—Pero ¿cuándo sucedió eso? preguntó de nuevo el joven, cuyas ideas parecían confundirse.

—Poco más ó menos, unos veinte días después de la salida de usted para Tepic, repuso Paulina. Tengo ya como mes y medio de casada....., soy casada vieja.

—¿Pero cómo fué eso? insistió Sandoval sin lograr volver en sí del asombro.

—Muy sencillamente, contestó Paulina. Cuando usted se fué, tenía yo dos novios, quiero decir, dos pretendientes, Gustavo y Prudenciano; pero ni el uno ni el otro llevaban trazas de nada, uno por pobre y otro por nulo. En esto, se presentó don Arcadio, hombre de pan, pan, y vino, vino, y sin más ni más, me propuso que nos casáramos; acepté y manos á la obra. Nadie niega que sea de edad el señor, algo tonto y nada guapo; pero tampoco se le niega el ser dueño de "Las Escaleras." rancho ubicado cerca de Ameca..., á la mano derecha del camino, llamado así por tantos altibajos como tiene.

—¡Pero usted no le quiere!

—¡Qué sé yo! repuso la joven encojiéndose de hombros. Las huérfanas no podemos permitirnos el lujo de casarnos por amor; eso está bueno para las señoritas “de” Dena.

Y rompió en una sonora carcajada.

Joaquín había tenido siempre una idea muy desfavorable del criterio y del reposo de la joven; pero no hasta el punto de creerla capaz de semejante aturdimiento; así que quedó sumamente sorprendido de cuanto oía, y ganas le dieron de pronunciar un discurso contra los matrimonios improvisados, desiguales y hechos por mero interés. Mas, comprendiendo que su moraleja sería trabajo perdido, y no haría más que provocar la cólera de la ex-asilada, se limitó á preguntarle después de breve pausa:

—¿Y qué tal el matrimonio? ¿Es usted dichosa?

—Sí y nó, repuso Paulina haciendo un mohín desdenoso. . . . Sí, porque realicé lo que tanto deseaba, que era salir del Hospicio, donde estaba tan aburrida, y, sobre todo, porque salí de pobre. Por lo demás, nó, porque ese señor me lleva medio siglo. . . . Además, me enfada, me empalaga, me incomoda con sus necedades. No caen bien las ternezas en personas de su edad: se lo he dicho mil veces, pero no quiere entender. Tan pronto como me ve, hace unos ojos de borrego dego-

llado, que le van muy mal, pésimamente; y luego me persigue con palabras melosas y cargantes: “Paulinita” por aquí, “mialma” por allá, “mi vida” por acullá. ¡Qué fastidio! Yo le digo secamente “¿Qué?” “¿qué se le ofrece?” “¿por qué me mira tanto?”—y me voy y quiero dejarlo; pero él va detrás de mí por todas partes, á la sala, al comedor, hasta la cocina. . . . ¡Es un pegote!

—Señal de que la quiere de veras, observó doña Dorotea.

—Señal de que es muy pesado, replicó Paulina.

—Hay que considerar, objetó Joaquín, que don Arcadio obra perfectamente en todo eso, primero porque Dios y la ley le dan derecho para ello, y después porque es usted tan guapa, que á cualquiera que no esté muerto y enterrado, podría pasarle lo mismo.

El joven soltó la lisonja medio serio y medio en broma. Que Paulina era muy hermosa y atractiva, era patente; y era más cierto todavía, que gustaba de galanteos, y que cualquiera podía ganarle la voluntad con sólo decirle tres piropos. Joaquín al lisonjearla, lo hacía con varios propósitos, y, entre otros, con el de suavizar de paso la mala voluntad que le tenía.

Paulina mordió el anzuelo. Sonrió con satisfacción, mostró contento en los ojos

y echó una mirada al espejo que tenía doña Dorotea arriba del lavabo, para examinar su figura y arreglarse el pelo. Inclínada ya á la benevolencia, consideró también á Joaquín, y se dijo para sí que, después de todo, había ganado bastante con la juventud el pobre mozo, pues algo se le había aclarado la piel con el restiramiento de la robutez y el constante aseo en que la mantenía; mostraba hermosa, blanca y cuidada dentadura, y descubría en la mirada profundidades extrañas, que la hacían interesante. No por eso, con todo, desapareció su añeja prevención contra él, pues los cargos de indio y pobre que en su ánimo le hacía, no podían ser destruídos tan fácilmente. A pesar de todo, repuso complacida:

—¡Vaya que se ha vuelto usted muy lisonjero! ¡Voy á decirlo á cierta persona!.....

Y lo amenazó graciosamente con el índice levantando la mano diestra.

—¡Gran fuerza le hará!... repuso el joven riendo; á ella nada le importo, ya sea que hable ó calle, vaya ó venga, viva ó muera.

—¡Ah, qué hombres! exclamó la joven con gesto cómico. Así son todos: apenas ven unas faldas, se vuelven locos y de todo se olvidan. Por eso yo no los creo.

—¿Está usted celosa de don Arcadio? preguntó la señora López sonriendo.

—¡Qué gracioso! repuso la joven. ¡Qué ocurrencias tiene usted, doña Doro!

Y se echó á reír con estrépito. Así continuó la charla buen rato, hasta que Paulina se levantó diciendo:

—Me marchó, voy á buscar á Berta, quiero saludarla...., lo mismo que á sor Ignacia y á las hermanas.

La señora López y Joaquín quedaron perplejos al oírla, pues no comprendían su nueva actitud hacia las religiosas, á quienes era público y notorio profesaba una inquina muy negra. Paulina lo comprendió y se explicó de este modo.

—¿Lo creerán ustedes? dijo. Me ha pasado una cosa muy rara desde que no vivo aquí, y es que me he reconciliado con las hermanas.... Ahora las echo de menos y hasta las quiero. ¿Por qué?... No lo sé.... Es verdad que hasta con Picio me habría casado por tal de salir de esta cárcel; pero el caso es que desde que estoy fuera de ella y soy libre, se ha aplacado mi mal humor, y se ha convertido en una especie de nostalgia por el espacio que encierran estas paredes.

—Es que no tenía usted motivo para aborrecer á las religiosas, dijo doña Dorotea, ¡son tan buenas!

—¿Cómo que no? Me sobraba la razón para ello; pero ya les perdoné, y como si nada me hubieran hecho, concluyó la jo-

ven con tanta firmeza como magnanimidad.

Aún siguió hablando algún tiempo sobre el mismo tema, ya en pie, hasta que al fin salió de la pieza metiendo gran ruido con las faldas y los tacones.

—¡Lástima! exclamó doña Dorotea al verla marcharse; ¡lástima que sea tan ligera! A no ser por eso, sería excelente persona.

—Sólo que á ligera nadie le gana, repuso el joven sonriendo, pues parece que para ella se hicieron los versos de Rigoletto:

“La donna e mobile
“Cual piuma al vento.”

—Es verdad, agregó la buena señora; pero ya se corregirá.

—Mucho lo dudo, replicó Sandoval moviendo la cabeza con incredulidad.

No tardó Joaquín en despedirse también de la señora López, pues, habiendo sabido lo que quería, carecía ya de objeto su visita. Pasó el resto del día ansioso y violento, hallando todo muy monótono y el día demasiado largo; pero, al llegar el oscurecer, que era la hora que esperaba, según las indicaciones arrancadas á doña Dorotea, se dirigió lleno de emoción al departamento de ancianos y mendigos, donde aguardaba hallar á su amada. Y,

para divertir su impaciencia mientras llegaba la joven, fué visitando uno por uno á todos sus conocidos, deteniéndose principalmente cerca de los predilectos de Berta, y acariciando de paso al pobre niño Atenógenes. El notario don Sabas, que paseaba por entre las bancas, moviendo la cabeza á impulso de la parálisis senil, como diciendo un “no” eterno, le recibió con marcada alegría.

—¿Sabe usted?, le dijo; he recibido una buena noticia.

—¿Cuál, don Sabas?

—La de que mis hijos van á sacarme pronto de aquí. Un conocido que vino ayer, me contó que, habiendo encontrado al mayor de ellos en la calle, le oyó exclamar: “¡Pobre de mi padre! ¡Dígale que por allá nos veremos!”... Así que de un momento á otro llegará por mí cualquiera de ellos. Tengo acomodado ya el baúl para no hacerlos esperar, sea cual sea la hora en que vengan.

—Dios lo haga, repuso Joaquín contristado, pues bien sabía que los hijos de don Sabas le tenían bien olvidado.

—Voy á dormir vestido esta noche, por lo que pueda suceder, agregó el anciano.

—No será menester eso, don Sabas, repuso el joven.

—Pero sí muy conveniente, siguió diciendo Machain; tengo prisa por salir del Hospicio. No es justo pesar so-